



## Continente y contenido

Los hombres ponen las piedras, pero la forma en que quedan puestas determina muchas cosas: conductas, relaciones sociales, imaginarios colectivos e individuales, maneras de ir y de volver, de hacer, de trabajar, incluso de pensar. Por eso el continente (la ocupación física del espacio) de la ciudad es fundamental para conocer su contenido (la ciudadanía y sus desventuras). Las plazas, las calles, los rascacielos, las casas, la propiedad horizontal, los pasajes, los jardines, todo ello es obra de los hombres y responde a sus relaciones de poder, a sus conflictos económicos, a los mecanismos de reproducción social, a la tradición, a las costumbres y a tantos otros factores que constituyen lo que llamamos «cultura» distinguiéndolo del ámbito de la necesidad que llamamos «naturaleza». Una vez todo puesto, una vez el ciudadano, al levantarse, encuentra esas calles, esos caminos, ese paisaje, éstos ejercen, no obstante, una innegable sobredeterminación que marca su existencia. Y si la ciudad se distingue de otras formas de habitación colectiva es porque cambia en su propia piel. Un cambio que sus ciudadanos sienten a diferencia de los habitantes de arcadias naturales en las que todo es repetición. La ciudad halla sus atributos precisamente en esta diferencia: la diversidad, la pluralidad, un cierto desasosiego y mucha información. Sobre esta compleja trama transcurre la historia de las ciudades modernas. Y a las que pierden el ritmo del cambio sólo les queda el recurso de la nostalgia, la estética de la decadencia.

«Barcelona contemporánea, 1856-1999» trata de las mutaciones físicas (y de sus referentes mentales) de la Barcelona de los dos últimos siglos, la que perdió sus modos medievales para convertirse en una metrópolis moderna. Lo que aquí se presenta es una interpretación, una lectura de este proceso. Una lectura de autor: Joseph Lluís Mateo, a quien el CCCB pidió y confió una visión personal de estas metamorfosis. Las ciudades suelen ir tejiendo, entre lo escrito y lo dicho, una visión más o menos aceptada de su propio hacer y deshacer. Creo que es bueno introducir nuevas lecturas, variar las perspectivas, aportando matices y señalando dimensiones, consciente o inconscientemente olvidadas, porque no siempre las cosas coinciden con lo que se ha acordado que se debe decir o pensar. Con la exposición «Barcelona contemporánea», abrimos la puerta a la ampliación de las interpretaciones de este periodo de la ciudad. Es un primer ejercicio avalado por la solvencia de su autor. Seguiremos por ese camino. Seguiremos por él durante la exposición con coloquios y actividades diversas y ofreciendo a los visitantes lecturas que pongan énfasis en aspectos y momentos diferentes. Seguiremos en el futuro convirtiendo la investigación y el debate sobre Barcelona en uno de los ejes de trabajo del CCCB. La relación compleja entre continente y contenido en la ciudad (que me parece la perspectiva más fértil desde la que afrontar la problemática urbanística) es, de hecho, una de las cuestiones centrales del cometido del CCCB. Y Barcelona es en sí misma un buen campo de experiencias sobre las que reflexionar.